

La ingratitud le asusta,
Y así por verse libre
De tan odiosa culpa
Vivirá repitiendo:
«¡Ó Providencia augusta,
Te muestras dulce madre
Al que á tí se refugia!»

CAPÍTULO LIII.

De cómo el espíritu de penitencia hace mas suaves las tribulaciones.

La eterna salvacion del hombre, que es el supremo bien, está vinculada á la inocencia ó al arrepentimiento ó penitencia. Profundamente penetrados de esta verdad los cristianos, conociendo que por la pérdida de nuestra inocencia no podemos ser admitidos en el augusto palacio de la gloria, miramos la penitencia como la única tabla de salvacion en el naufragio que ha hecho nuestra alma, sumergiéndose en el abismo de la culpa. Esta doctrina hace considerar la penitencia como un bien inmenso. Mas ya se entenderá que ahora no hablo de los de tibia fé, sino de

los que atienden á la vida futura de sus almas. Para estos existe el convencimiento de que por sus culpables flaquezas tienen con el Juez eterno una cuenta pendiente, cuyas terribles partidas se han de ir cancelando por medio del dolor voluntario ó por la humilde aceptacion de los padecimientos que el Señor les envia. Tan grabada está semejante idea entre los fieles que es muy comun cuando á una persona de virtud se ve padecer larga y cruelísimamente el imaginarse y decir que Dios le ha puesto el purgatorio en este mundo, y que cuando salga de él es muy probable que vuele en derecha á los cielos.

Si así piensan los espectadores, ¡cuán íntimo consuelo será para el alma paciente cada uno de sus trabajos, estando segura de que los ofrece y los sufre resignadamente en satisfaccion de lo que debe al Todopoderoso por lo que le ha ofendido! ¿No se alegra el deudor cuando tiene la dicha de pagar á sus temidos acreedores? ¿No se descarga de un enorme peso? ¿Y no es mayor fortuna el sentir que se van rompiendo por medio de la satisfaccion penitencial las cadenas que nos impedirian subir á la patria del gozo y de la

luz? Hé aquí cómo el espíritu de penitencia endulza lo mas amargo del dolor: sin él se padecerá sin fruto, se padecerá sin consuelo, se padecerá como los precitos que habitan en la inmensa hoguera de la reprobacion final.

Hasta la idea del purgatorio se hace deliciosa para el pecador, que sabe que es preferible una centuria de años en la basílica de la expiacion á una eternidad de llamas devoradoras, y que aquella es la puerta del cielo despues que él mismo la cerró con su conducta depravada, porque nada manchado entrará en él.

¡Cuán consolatorio,
Dulce pensamiento
El del Purgatorio
Para el pecador!
¿Quién será tan puro
Que el celeste asiento
Tenga por seguro
Sin miedo de error?
En este recelo,
Solaz y dulzura
Es saber que al cielo
Se va por dolor.
Se espera el contento

Por la de amargura
Senda y aposento
De triste clamor.

¡De mí qué seria
Sin el Purgatorio!
¿Al cielo yo iria?
¿Á mí tal honor?

No entra vil mancilla
Al divino emporio,
Y mi alma no brilla
Con puro esplendor.

¿Cuál será mi suerte
En años eternos?
¿De dónde la muerte
Me hará morador?

Gloria no merece
Mi alma: ¿los infiernos?
Pensar la estremece
En ellos; ¡qué horror!

Dulce el Purgatorio
Á mi fantasía.

¡Cuán consolatorio
Para el pecador!

Pues me eres consuelo,
Ó mansion umbría,
Cual puerta del cielo,
Es tuyo mi amor.

La resignacion y la paciencia, que son el mejor bálsamo de las tribulaciones, brotan como de su propia fuente del sabio espíritu de penitencia. En la conclusion del siguiente soneto me parece que se descubrirá algun indicio de lo que ahora acabo de indicar.

Los niños todos de este mundo lloran,
Porque para el dolor hemos nacido,
Y así al soltarse del materno nido
Á su Hacedor con lágrimas adoran.

Su desnudez y su miseria imploran
En lenguaje tan tierno y afligido
Socorro de alimento y de vestido,
Que ellos solo gemidos atesoran.

No traen mas riqueza que su llanto,
Y declaran con él ser pecadores,
Porque sus padres en Eden lo fueron.

¿Y por qué yo de sollozar me espanto
Si taladran mi pecho los dolores,
Que mis culpas ingratas merecieron?

Hé aquí otro soneto, que envuelve una idea algo semejante.

En pos de las riquezas desalado
¡Ay! por su ausencia me lamento y lloro,
Y en Belen el Dios-Niño sin decoro
Y sin pompas de mundo está alojado.

Entre mil penas yo me angustio ahogado
Porque su cara no me muestra el oro;
Y el Niño Dios no tiene mas tesoro
Que el pecho maternal do está colgado.

El Niño es rey de reyes; yo un mezquino
Que por mis culpas merecí un infierno,
Donde debia arder pobre y desnudo.

Si en el pesebre el Hacedor divino
Tiembla cual un mendigo en el invierno;
¿Cómo mi lengua querellarse pudo?

CAPÍTULO LIV.

Del miedo.

Es el miedo un malévolu duende, que en todas partes se halla haciendo daño. ¿No se diria que es patrimonio de la humanidad? Oimos á hombres jactanciosos que dicen: «yo nada temo;» pero seria insensatez creerlos. El género humano teme, porque tiene multiplicados motivos de temores, y ellos pertenecen á ese mismo género humano; por consiguiente sus palabras no son hijas de la verdad cuando aseguran que se hallan exentos del miedo. Bien podrá ser que participen de él con respecto á varias causas de pavor

menos que la generalidad de las mujeres; sin embargo, en vano pretenderán persuadirnos que nada temian absolutamente. Si leyesen la dilatada enumeracion que de los males que nos amenazan hace el docto P. Rivadeneira en su tratado de la tribulacion, acaso tropezarian con alguno, cuyo recuerdo les hiciese temblar.

Cierto que son muchos nuestros enemigos; por los aires vuelan los vientos nocivos, y en sus alas la peste, por los mares las tempestades, por los horizontes las nubes armadas de rayos, por debajo de la tierra el espíritu de los temblores, que arruina las ciudades con una sacudida. Y en nuestro valle de lágrimas ¿quién contará los males y las adversidades á que estamos expuestos? ¿Cuánto no hay que temer de nuestros semejantes? ¿Opondremos á la muchedumbre de nuestros temores nuestro pobre corazon, como un héroe que solo desafia á una turba de adversarios? ¿Pero á dónde está nuestra fortaleza y heroicidad? Los héroes merecen la denominacion de tales cabalmente porque son muy pocos.

Mas concedamos lo que no se debia conceder; concedamos que carecen felizmente de

la tribulacion del miedo todos los que declaran no temer nada ni á nadie; y adelantando algo mas, supongamos que el miedo no se opone á la felicidad del pensamiento de ningun hombre, porque no lo conoce. Ya tenemos sin miedo á la mas fuerte mitad del humano linaje. ¿Solicitarán las hijas de Eva que usando de igual generosidad, se las incluya en la gratuita concesion hecha á los hombres, dando por sentado que no tienen miedo? Ni lo pretenden, ni se les concede. Luego por lo menos la mas bella mitad de la innumerable descendencia de Adan padece la enfermedad del miedo. Y cierto que la filosofia no podria curarla con el sobrenatural antidoto, cuya idea se expresa en el siguiente soneto, porque Dios, séame permitido decirlo, no pertenece á las reflexiones meramente filosóficas destituidas de la dulce piedad, sino á la Religion confiada y amorosa.

¿Por qué tiembas, Eulalia? Reflexiona
Que Dios en donde quiera está presente
Velando por nosotros providente,
Y que nunca á sus hijos abandona.

De cuidarnos cual madre Dios blasona,
¿Y aun temerás? Dios es omnipotente

Y padre de bondad. Y neciamente
Desconfiado el miedo le baldona.

Sí; que el mucho temer á Dios afrenta.
Quien teme, en el Señor nada confía
Y supone que de él no tiene cuenta.

Destierra pues tu insana cobardía,
Vive con paz, y tu esperanza alienta,
Y huye del miedo cual de culpa impía.

Entre otros muchos que pudieran aducirse,
quiero presentar un poderoso motivo de confianza, que ni Eulalia ni otra mujer del mundo hallaria para curarse del miedo fuera de nuestra muy consoladora Religion. Hélo aquí: el Ángel de la guarda.

¿Por qué tiemblas, Eulalia, si te ha dado
Dios un ángel sublime por tutela,
Un ángel, vigilante centinela,
Que su Rey manda estar á tu cuidado?

Mira que ocultamente va á tu lado,
Y siempre junto á tí reposa ó vuela,
Y cuando duermes, cuidadoso vela
Como pastor que guarda su ganado.

Es un radiante príncipe de gloria,
Mas fuerte que los grandes de la tierra,
Y es para tí un amigo dulce y tierno.

• Te protege su espada de victoria.....

¡Ya no temas al mundo ni al averno!
¡Á ambos tu invicto defensor aterral

La Sagrada Escritura, que es riquísimo manantial de inefables consuelos, está llena de muy claros testimonios de que vencen al miedo y á la pavora los que esperan en el Señor. Isaías dice en su cap. 40, v. 31: «*Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquila, current, et non laborabunt, ambulabunt et non deficient:* Mas los que esperan en el Señor renovarán su robustez: echarán alas como de águila: correrán y no se cansarán: caminarán y no desfallecerán.» Y el Profeta rey canta: «*Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion: non commovebitur in æternum, qui habitat in Jerusalem:* Ps. 124. Los que en el Señor confían son como el monte de Sion: no vacilará eternamente el que habita en Jerusalem.» Magnífica comparacion, que hace concebir la mas alta idea de la incontrastable firmeza con que resisten al miedo los que tienen puestos en Dios sus resguardados y fortalecidos corazones, morando deliciosamente en la celestial Jerusalem de su amistad, de su paz y confianza.

Así es que el alma observadora de la ley divina que fiada en la misericordia del Señor espera el cielo, no teme ni á la muerte, como lo acreditan las vidas de muchos Santos, que se entregaron á ella dulcemente, regocijándose porque los iba á llevar al tabernáculo de su Dios.

La humana frágil vida
Es piélago de penas;
Razon tuvo el que dijo
Que es milicia en la tierra.
De la cuna al sepulcro
Es de espinas la senda.
Mas el cristiano justo
En el término de ella
Vé relucir el día
De bienandanza eterna,
Porque la muerte rompe
Sus pesadas cadenas,
Y el alma brilladora
El ágil vuelo suelta.
Por eso al fiel cristiano
Cuando á su lecho llega
Con su guadaña aguda,
No le parece fea,
Ni horrible ni espantosa,
Sino amable y risueña;

Y así con dulce halago
La saluda y la estrecha
Apacible á su seno,
Blandamente la besa,
Y á su mano benigna
Dócil el cuello entrega,
Diciéndole amoroso
Con vista y voz serena:
«¡Ó muerte, el alma mía
Liberta ya, liberta,
Que al Dios de sus amores
Volar por tí desea!»
Y la muerte suave
Con dulzura halagüeña
Como novel esposa,
Al justo que la ruega,
En un ósculo tierno
Roba el alma y la lleva
Dormida hasta la gloria,
Donde alegre despierta.

CAPÍTULO LV.

*Expónense diversas razones de consuelo
debidas á nuestra divina Religion.*

Tal es el cúmulo de verdades consolatorias, que nuestra bienhechora Religion enseña en pro de la felicidad del pensamiento, que en una tertulia de muchas personas ilustradas y piadosas, si la conversacion versára sobre esta materia importantísima, cada una de ellas podría emitir una idea distinta y bien fundada, prescindiendo de cuanto llevo hasta ahora indicado. Rodolfo diria: «Yo, señores, estoy en la creencia de que la mayor parte de nuestros pesares proviene de que amando mucho los bienes de la tierra, creemos tener un derecho á su posesion, cuando por el contrario en la ley de gracia, en que ahora felizmente vivimos, el infalible Remunerador de las virtudes no es esto lo que nos promete, reservándonos un premio mas duradero y mas glorioso en la otra vida. Á este propósito compuse para un amigo mio lo siguiente.

¿Por qué tu lengua, Pánfilo, murmura
De la frágil fortuna en los vaivenes?
¿Te ha prometido Dios terrenos bienes?
¿Por qué pues contra Dios se desmesura?
¿No te ha dicho el Señor en la Escritura
Que si en el alma la virtud mantienes,
Coronará de resplandor tus sienas
Allá en la vida que por siempre dura?
¿Cómo pues antes de alcanzar victoria
Quieres que Dios tus gustos satisfaga
Sin aguardar á que entres en su gloria?
Tú que en el cielo esperas el bien sumo,
Á quien no espera tan divina paga
Deja los bienes que son paja y humo.

Teodoro á su vez se expresaria de este modo: «En cuanto á mí estoy persuadido de que nuestro más continuo tormento es pensar en lo futuro, anhelando que todas las cosas rueden á medida de nuestra voluntad, como si fuéramos nosotros los reyes del universo. ¿Qué remedio para este mal? Recitaré unos versos que lo indican muy claramente.

¡En cuánta vanidad y devaneo
Se pierde el hombre que sin fin medita
Lo que será mañana! ¡Ay que le agita
Su fantasía en eternal rodeo!